



Erasmo Zarzuela Chambi  
*Sin título. Óleo 80 x 80 cms*

## Ceremonias

Las ceremonias del budismo en el Japón, ofrecen casi la prueba que se tiene que mostrar para estar dentro de los secretos de una gran cultura. Se sabe que el vacío se logra lo mismo en la contemplación del cielo silencioso, o cuando al final de las mutaciones el tigre blanco comienza a mover la cola, o en la miniatura de ese vacío llevado a un nicho abierto en la pared. El ikebana o cultivo artificial de las flores, el kakemono o rollo de papel de seda, con algún paisaje de la niñez o que desprenda recuerdos placenteros, y el tokonoma o vacío, producido por un entrante en la pared y por el saliente de la pintura desplegada.

José Lezama Lima en: *La biblioteca como dragón.*



el duende  
director: luis urquileta m.  
consejo editor: alberto guerra g. (f)  
benjamín chávez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288500  
elduendeoruro@yahoo.com  
oruduende@yahoo.com

## Nostalgias

Tengo profundamente grabado lo que mi abuelita contaba de su lindo y pequeño pueblo Tarvita, situado en uno de los confines de Chuquisaca; nunca pudimos viajar allí, pero toda la nostalgia que ella sentía me la dejó. ¿Será que los humanos tenemos que buscar nuestros orígenes, sentir confianza por lo que somos y de donde traemos eso que somos?

¿Podré describir paisajes que no conozco? Tal vez no logre acercarme a la realidad, mucho habrá cambiado en cien años, por que ése es, (más o menos), el período de tiempo a los que se referían los relatos de Leonor Aparicio Machicado.

Regresó de Oruro, Atiliano, su hermano, alterando la apacible vida que existía en el pueblo, traía el importante cargo de abogado en la empresa minera Patiño y maravillosos relatos sobre los progresos de la gran ciudad, que por esos años –primera década del siglo veinte– logró grandes avances en su infraestructura urbana. Les debió contar de: “¿...la máquina grande del tren pasajero... pitiando, pitiando...”, ya existiría la leyenda de: “cuentan los abuelos que en los arenales...”, sería la novedad de los teléfonos, o la circulación de los primeros automóviles, las libras esterlinas como moneda corriente, o los muchos extranjeros que llegaban atraídos por lo mismo; qué sería lo que convenció a sus dos hermanas menores, Matilde y Leonor, para dar un paseo por esta pujante tierra?

Largo viaje a lomo de mula durante un mes o más, durmiendo en las diferentes postas que por esos años tenían los caminos de herradura, con sólo la promesa de conocer y regresar, luego de unos meses.

Abuelita no contaba cómo llegó mi abuelo a su vida, pero dejaba notar resentimiento hacia su hermano, porque nunca tuvo tiempo de retomarlas a su bella Tarvita. Nació mi madre y sus dos hermanas; sufrieron privaciones porque “Chopito”, mi abuelito, un cochabambino de “buena familia”, –como todavía hoy se dice–, pero de disipadas costumbres, no supo afrontar responsabilidades, provocando incertidumbres que desembocaban en añoranzas platicadas a sus hijas, seguramente, luego a sus nietos.

Y aquí estoy, con la nostalgia transmitida; tratando de contar lo que de niño me impresionó de sus relatos:

Los viajes a caballo desde su hacienda (Tarvita) hasta Azurduy –donde estaba su casa y escuela–, la seguridad y destreza de cabalgar sentadas, porque en esas épocas las damas no soñaron con el pantalón. Contar del régimen disciplinario de don Máximo Aparicio, su padre, que castigaba encerrando en un cuarto con una canasta llena de duraznos, más la instrucción de terminar todo el cesto, si querían salir; imagino que, la producción de frutas, y la inexistencia de caminos que permitan su comercialización, obligaron a sus padres a ser tan creativos y originales con la manera de educar. Recuerdo hasta la expresión de su rostro cuando relataba de las deliciosas y abundantes frutillas, y el peligro de recogerlas por la cantidad de viboras.

¿Podremos imaginar la llegada de una plaga de langostas, con las características de esos tiempos?... Nadie sabía dónde se iniciaba ni de dónde llegaban, sólo un rumor que crecía precedía a la oscuridad del día, “tapaban el sol”, repetía abuelita; se posaban en los campos sembrados, eran tantos insectos, que formaban una tupida alfombra; devoraban todo, “todo”, repetía otra vez; y cual ejército organizado obedeciendo alguna misteriosa orden, al mismo tiempo levantaban vuelo; no habían dejado ni una sola hoja, “ni una”, repetía. Es de suponer un mal año agrícola, como cuando los granizos eran del tamaño de los confites más grandes de la época de carnaval.

Y eran ocho los hermanos Aparicio Machicado, sólo conozco parte de la historia de los tres que llegaron a Oruro; a los otros, el paso del tiempo los postergó hasta hoy, que brota incontenible en mí, para cumplir el deseo que tenía abuelita, saber de sus hermanos, aunque sólo sea historia, contada por nietos, bisnietos o algún descendiente que pueda completarme el panorama.